

MARGARITO CUÉLLAR, *NADIE, SALVO EL MUNDO*, HUELVA, DIPUTACIÓN PROVINCIAL, 2020, 89 pp.

JUAN CARLOS ABRIL
Universidad de Granada

Margarito Cuéllar (San Luis Potosí, 1956) es un poeta muy conocido en México y cada vez más conocido en España. De hecho, *Nadie, salvo el mundo* no es el primer volumen que publica en nuestro país, ya que dio a la imprenta con anterioridad *Arresto domiciliario* (2007) y *Las edades felices* (2013), del que me ocupé en su día. Este es, por tanto, su tercer libro aparecido en España, aunque de su vasta obra —que se remonta a principios de los 80— podríamos destacar más títulos, como *Teoría de la belleza* (2018), con el que se le ha distinguido recientemente con el Premio de la Lira en Ecuador, entre otros muchos reconocimientos, a los que hay que sumar este XL Premio Hispanoamericano de Poesía Juan Ramón Jiménez 2020, del que, por ahora, es su último poemario. *Nadie, salvo el mundo* es un poemario magnífico, extenso e intenso, y no nos extraña que se alzara con el galardón.

Nuestro poeta nos ha entregado un libro pleno de madurez creativa y formal.

Dividido en cinco partes, «Matria», «Es otra nuestra historia», «Pájaros de fuego», «La lluvia que no cesa» y «*Traditio, perfidiae*», se trata de un conjunto en el que el autor mira hacia atrás, a modo de recuento vital, dialogando con su pasado que, al fin y al cabo, es dialogar con su presente, consigo mismo y, cómo no, dialogar con su futuro. En el pasado se nos aparecerán frecuentemente, como veremos, los padres, y en el futuro vislumbraremos a sus hijos, presentándonos así la cadena en la que él mismo se inserta. Madurez creativa, desde luego, pues se trata de un autor ya consagrado en las letras no solo mexicanas, sino en el orbe de la lengua española de las últimas décadas, un autor que ya se halla en los 65 años, una edad nada despreciable. Pero a la vez se trata, como hemos dicho, de una madurez formal, que intentaremos explicar.

El título del libro se desgaja de una cita del poeta salvadoreño Jorge Galán, «Atrás no queda nadie, salvo el mundo»,

con la que se nos introduce en materia. Materia y matria, por cierto, provienen de la misma raíz. Llama la atención, desde el inicio, el concepto de *matria*, que se opone al de patria pero que a la vez lo complementa, y que el historiador michoacano Luis González y González había acuñado desde al menos los años 70 del siglo pasado, y que antes había formulado María Zambrano. A este concepto se alude desde el título de la sección, y en la cita que la abre. Matria es la madre por antonomasia, su universo semiótico de remembranzas y sentimientos, y a ella se dedicará gran parte del libro, amén de esta sección. Matria es el origen de todo, y por eso se abre el volumen así. Luego, además, las secciones irán precedidas por fragmentos en los poemas finales que las anteceden, a modo de engarce del conjunto. ¿Y el final? Se cierra el poemario precisamente con el título del libro, parafraseándolo, y sustituyendo la palabra «nadie» por «nada», ya que de lo que se trata es de una suerte de mirada hacia atrás desde la desaparición, como si ya no existiéramos, en la que ya «Atrás no queda nada, salvo el mundo.» (p. 82). Por eso es una composición que asume el eterno debate del compromiso en la poesía, de si un poema debe abordar aspectos sociales o, por el contrario, indagar en la propia intimidad, que es, en suma, indagar en la propia realidad social del individuo... Volveremos a esta idea de la desaparición.

Aquí habría que indicar que ese recuerdo del pasado desde el cual el autor rememora el pasado, la casa familiar y, en especial, la figura de la madre (luego vendrá, también, el padre), parece entresacado de un capítulo apócrifo de *Pedro Páramo*, la genial novela de Juan Rulfo. Si aquella novela comenzaba así: «Vine a

Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo. Mi madre me lo dijo. Y yo le prometí...», Margarito Cuéllar comienza su poemario de la siguiente manera: «Vine a la antigua casa / a resanar los días nublados de mi madre» (p. 13). No es casualidad. Como en *Pedro Páramo*, cuando llevamos varias páginas del libro descubrimos que lo que se nos cuenta es una fantasmagoría, y que los personajes — de estos escenarios de realismo mágico — que pueblan la historia en la que hemos entrado, son a su vez fantasmas, incluso el propio hijo, cuando se descubre a sí mismo recordando un tiempo en el que ya las presencias han desaparecido, como evaporado, y solo quedan recuerdos y reverberaciones, como en el magnífico poema «Las tres de la mañana», que en su final dice así: «El fantasma es el hijo, matria / y lo que busca no está aquí / sino la música / que rompe en el silencio de la espuma / las palabras.» (p. 17). Más explícito se nos hace en algunos otros momentos, como en «Los pasos de mi madre / van por el patio como si el suelo fuera de aire. / “Vente a desayunar”, dice el fantasma / y el hijo del fantasma mastica fruta / cortada en el huerto de la infancia» (p. 36). En este mismo poema se nos alude a una sensación onírica, a un duermevela o estado de turbación febrícula, que es el que en el fondo pudiera decirse que dicta los poemas, como querían en sus manifiestos los surrealistas, aunque la poesía de Margarito Cuéllar no es surrealista, si bien no es ajena a ninguna tradición vanguardista, y decimos bien con ese oxímoron, teniendo en cuenta muy de cerca la «tradición de la ruptura», que dijera Octavio Paz en *Los hijos del limo*. Será muy interesante este apunte sobre la tradición, sin duda, en el devenir de este poemario. Pero antes de avanzar en algunos otros ejes

de este rico poemario, habría que señalar una característica formal muy evidente, y es sus continuos juegos en la puntuación, en el desorden aparente de la sintaxis, alterando el orden lógico de las frases, uniendo palabras que deben ir con puntos entre medias, o comas, o algún otro signo de puntuación. No podría haber sido más acertado este recurso, que posee una correspondencia con esa gramática de los sueños que trata de clasificar los recuerdos, y que ya no distingue qué es vigilia del sueño. Así se presentan, de hecho, los sueños, desordenados, con incoherencias, con extrañas asociaciones... Y siempre hablando de nosotros mismos.

La otra cita con la que abre el volumen, de Pascal Quignard, merece ser recordada: «Cada música tiene que ver con alguien que hemos perdido», perteneciente al libro *Butes* (publicado en 2018 Sexto Piso) y en el que, como siempre, el francés mezcla en su prosa lírica toda clase de elementos heteróclitos. Algo así sucede en *Nadie, salvo el mundo*, de Margarito Cuéllar, el libro que nos ocupa, y el poema «Guardo el silencio en mi estuche musical / pero en este país hasta el silencio canta / y se va dando tumbos como piedra / a la que le extrajeron la memoria.» nos recuerda «Las mañanitas», la inolvidable canción tradicional que cantaron todos los grandes, Jorge Negrete, Pedro Infante, Vicente Fernández, etc., y que se canta por los cumpleaños en América. Hay en todo el poemario una suerte de música de fondo a modo de temblor, a modo de relato sigiloso que evoca el recuerdo desde la desaparición, y ese es sin duda uno de los grandes aciertos del libro, una especie de voz en *off* o voz superpuesta que acaba convirtiéndose también en un recurso retórico hábilmente introducido desde la

desaparición, desde quien ya no está, desde quien ya se ve a sí mismo que es más el tiempo que ha vivido que el tiempo que le queda por vivir. Recurso del personaje, recurso creativo o descriptivo, en muchas ocasiones esta voz actúa como contrapunto emocional que reflexiona mientras se suceden las imágenes: «Vine a la antigua casa. / Matria sabe quién soy / porque las madres llevan tatuados los pasos de los hijos / y leen en silencio las notas / de los que están a punto de marcharse.» (p. 30). Sin duda que situarse en ese interregno de los fantasmas es el último paso hacia la desaparición total, y nosotros tenemos hoy la suerte de leerlo en estos poemas, que vienen prácticamente desde el más allá, desde la dimensión de las sombras. Pero no de la muerte, sino de ese momento previo antes a la muerte o desaparición total, que es el estado fantasmal, y que es una suerte de estado gaseoso o evanescente que más tiene que ver con la memoria de los vivos, mientras esta dura. Por eso el poeta dice en el poema siguiente: «Se fueron todos / incluso yo que creo estar aquí / pero que soy en realidad / hierba junto a las tumbas del futuro / y camino en sentido contrario / a los latidos de la muerte» (p. 31).

En realidad, y nos adentramos en la segunda sección del libro, el poeta se propone deconstruir la historia, empezando por la familiar, para a partir de ahí hacer alusiones a su país, al que antes nos hemos referido. Historia familiar que luego se convertirá también en historia literaria, y esa no pertenencia a nada, excepto a los vínculos afectivos que vamos construyendo con el tiempo, y esa identidad fragmentada y poliédrica, fruto de la residencia en un *no lugar* tan emblemático como el de los desheredados. De ahí que «Es otra

nuestra historia», y que se dé paso a los migrantes, los braceros, los campesinos, los trabajadores que duermen en el autobús, y por extensión a todos esos perros callejeros que deambulan por los poemas, entremezclados con los recuerdos de la infancia, el maíz y los crepúsculos, y donde continúa de manera aleatoria esa voz en *off* o *voice over*, que nos habla mientras fluye la corriente de imágenes: «Llueven pájaros. El desierto del patio anegado de alas y flores. Sueño o prolongación de la fiebre. Siguen cayendo, arrastrados por la corriente. Palomas del desierto. Ciertamente no es temporada de pájaros ni aviones.» (p. 52). El poeta es consciente de que lo que vive son sueños. Esta composición pertenece a «Pájaros de fuego», la sección que habla del padre, y los poemas se presentan en prosa poética, con esa particularidad sintáctica antes aludida con la que se articula la mayoría del libro, y que le otorga una lectura única y especial a todo el poemario. En esta sección se nos deja claro que, mientras que los sueños son bosques, la realidad es un desierto (p. 46). Así, «Una mancha aluniza en las alturas y lo que salta a la vista son fantasmas que sostienen el techo del mundo, no una casa.» (p. 47), porque «Intentamos conciliar los sueños, pero un rumor extraño y frío aletea en el techo y se desliza hacia lo que no duerme por miedo a ser devorado por el mal que se arrastra» (p. 50). El mundo al revés, sin duda, como siempre se presenta en los sueños, nos habla de cómo debería ser en realidad. Asistimos a una lluvia constante en los poemas, auténtico *leitmotiv* de toda esta sección a modo de lluvia de ideas, tormenta podría decirse, cascada incluso de evocación continua, incesante.

Voy a concluir, pero antes quisiera darle un repaso somero a las dos últimas secciones, que se hayan unidas por motivos temáticos. Si la familia es el rastro que nosotros continuamos, y que nuestros hijos continúan a su vez (pp. 62-63), la voz verbal se sitúa en ese no lugar: «No sé si soy el mismo / o soy un fantasma / holograma» (p. 62). No lugar asimismo en la tradición literaria, la otra estela que seguimos. Porque en México tradición es traición, tal y como nos cuenta nuestro autor, y ahí se alude a cuestiones que van más allá de la propia tradición, para situarse en la deslealtad. «¿Cómo ser vanguardia en un país / en el que abres la ventana / y la impunidad es más grande que los héroes?» (p. 75). La alusión a César Vallejo tampoco es gratuita (p. 76): «De lo que puedo hablar es de veneno / fiera amarga que me presta su ladrido / y recita a Vallejo en la cocina» (p. 76). Una lectura sociológica evidente se desprende de esta sección: «En mi país / tradición es traición / ada rima con nada / y arde / López Velarde.» (p. 78), si bien Margarito Cuéllar no quiere asumir esa infidelidad igual que no quiere sumarse al catálogo de escritores suicidas, Ernest Hemingway o José Asunción Silva, y prefiere contemplar la vida desde la bondad, para desembocar en una mirada al «árbol de la vida», porque se ve a sí mismo envejeciendo, como en este poema, con el que concluyo: «Mientras trazo estas líneas / que saltan en la hoja como flores rebeldes / un inquilino de mi mano derecha se disloca. / Es el tendón, dicen los médicos / y me dan un analgésico / y un frasco de pastillas que contrarrestan / el efecto anterior.» (p. 80). Gracias, Margarito, por este magnífico libro, y enhorabuena.